

cabeza, ya bufones ya serios, nacidos bajo el incienso de nuestras pipas y en medio del tintineo de los vasos. Es un verdadero fumadero, un cuadro que no tiene nombre; no lamento más que una cosa y es que tú no estés aquí para reír con nosotros.—Por la mañana escribo siempre un poco; por la tarde antes de la sesión, leo algunos versos de Lamartine, de Musset ó de Victor Hugo. Así transcurren mis días; me aburro mucho menos que este invierno y, no obstante, no es éste todavía el género de existencia con que sueño. El tumulto no es bueno más que á sus horas; fatiga cantar y reír siempre. No trabajo lo bastante y me voy haciendo viejo. Si vienes á París, trataremos de regular nuestro tiempo de trabajo, para afirmarnos lo más posible, sin olvidar, sin embargo, la pipa, el vaso y la canción.

Anfon, bajo el pincel de Chaillan toma la apostura de un mono que se encuentra de mal humor. Bien considerado todo, desespero más que nunca de este mozo como artista. Copista bastante mediocre, cuando necesita inventar, es completamente malo. Es un buen niño y no será nunca más. Trabaja mucho, retoca, prepara, según creo: mientras te escribo tengo ante los ojos una triste muestra de sus progresos. Te envió en la página siguiente una de las poesías de que te hablaba hace poco, hecha en medio de la algarazara y escrita, á falta de papel, sobre la pared de mi cuarto.

Acabo de recibir una carta de Baille. Nada comprendo de ella: he aquí una frase que leo en esta epístola: «Es casi cierto que Cézanne vaya á París: ¡qué alegría!» ¿Habla por lo que le has dicho? ¿Le has dado verdaderamente esta esperanza en los últimos días, cuando ha vuelto á Aix ó bien ha soñado y da como verdadero tu deseo? Te lo repito: no he comprendido nada. Te ruego que me digas las cosas francamente en tu primera carta; desde hace tres meses, no hago otra cosa que decirme sucesivamente y

según las cartas que recibo: Vendrá, no vendrá.—Tratemos, por Dios, tratemos de no parecernos á las velas.—La cuestión es demasiado importante para pasar del blanco al negro; francamente, ¿cómo están tus negocios?

No te envió los versos que preceden (1) como una cosa sublime. Acaban de llenar mi carta y nada más.

Mi viaje está fijado, como sabes, para el 15 de septiembre. Iremos los dos hasta Trets, á pie se sobrentiende; Chaillan lo pide á grandes gritos.

Espero á Houcharde. Hasta luego. Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

¿Y de tu examen? ¿Te examinaste? ¿Te examinarás? Dí á Marguery que no lo olvido, que mi silencio es debido á falta de asunto. Le escribiré, sin embargo, cuanto antes.

### XXXIX

París 1.º Agosto 1860.

Mi querido Pablo:

Releyendo tus cartas del año último, he tropezado con el poema de Hércules entre el vicio y la virtud; ¡pobre sueño perdido, que has olvidado sin duda y que estaba igualmente fuera de mi memoria! No sabré explicarme, pero he sentido un gran placer con esta lectura; diversos pasajes, algunos versos aislados me gustaron infinitamente. Si tú mismo lo volvieses á leer, te asombrarías, estoy persuadido de ello, y te preguntarías, si eras tú mismo el que lo habías escrito. Es, por otra parte, el efecto que me hacen á mí mismo los hemistiquios perdidos y vueltos á encontrar entre mis viejos papelotes. Te digo, pues, que estos versos olvidados me han parecido mejores que

(1) Estos versos á que se refiere fallan en el original francés. (N. del T.)

antes, y, apoyando la frente en mis manos, me he puesto á reflexionar. ¿Qué le falta, me he preguntado, á este bravo Cézanne para ser un gran poeta? la pureza. Tiene idea; su forma es nerviosa, original; pero lo que le perjudica... lo que le perjudica son los provenzalismos, los barbarismos, etc. Sí, viejo mío, más poeta que yo. Mi verso es probablemente más puro que el tuyo; pero, en verdad, el tuyo es más poético, más verdadero; tú escribes con el corazón, yo con el espíritu; piensas firmemente lo que dices; en mí es esto á veces, un juego, una mentira brillante. Y no creas que me burlo aquí; no creas, sobre todo, que te alabo ó que me alabo á mí mismo; he observado y te comunico la observación; eso es todo. El poeta tiene muchas maneras de expresarse: la pluma, el pincel, el cincel, el instrumento. Has cogido el pincel y has hecho bien: se debe descender la pendiente. No quiero, pues, aconsejarte ahora que tomes la pluma y que dejes el color para trabajar el estilo; para hacer una cosa bien, es necesario hacer una cosa únicamente. Permíteme sólo llorar sobre el escritor que muere en tí; te lo repito: la tierra es buena y fértil; un poco de cultura y la cosecha será espléndida. No es decir que ignores esta pureza de que hablo; sabes probablemente más que yo. Es que llevado por tu carácter, cantando por cantar, poco sociable, te sirves de las expresiones más extravagantes, los más chistosos giros provenzales. Lejos de mí la idea de recriminarte en nuestras cartas, por el contrario, esto me gusta. Escribes para mí y te lo agradezco; pero el público, amigo mío, es mucho más exigente; no basta sólo decir; hay que decir bien. Ahora, si fuera un cretino, un rutinario el que me escribiese ¿qué me importaría que su forma fuese andrajosa como su idea? Pero tú, mi soñador, tú, mi poeta, me haces suspirar cuando veo tan pobremente vestidas tus ideas, esas bellas princesas. Son extrañas, son bellas señoras, raras como jóvenes bohemias, extravagantes á la vista, con los pies

enfangados y las cabezas llenas de flores. ¡Oh! por ese gran poeta que se va, dame un gran pintor, como yo quisiera verte. Tú que has guiado mis pasos vacilantes por el Parnaso, tú que me has abandonado de pronto, hazme olvidar el Lamartine naciente por el Rafael futuro. No sé muy bien donde estoy; quería recordarte en dos líneas tu viejo poema y pedirte uno más puro, más cuidado. Quería decirte que no me contentaba con los pocos versos que me envías en cada carta; aconsejarte que no dejases por completo la pluma, y que me hablases en estos momentos de cualquier bella sílfide. Y he aquí—no sé bien por qué,—que me pierdo, que gasto mi papel en futesas. Perdóname, mi viejo, y satisfácame; háblame de *La Aérea*, de alguien, de cualquier cosa, en verso y largamente. Bien entendido que debes hacerlo después de tu examen, y sin estorbar en nada los estudios en el museo.

El tiempo es deplorable; agua, agua y siempre agua. Alguien ha dicho espiritualmente que el invierno ha venido á París á pasar el verano. El hecho es que, mientras te escribo, veo desde mi ventana traquetear los fiacres en los arroyos, salpicando á todos; á las grisetas saltar de piedra en piedra sobre las puntas de los pies, azoradas, levantándose las faldas; precipitarse la muchedumbre, agitarse los paraguas torpemente como enormes ballenas; y la lluvia, burlona, insolente, azotar el rostro al noble como al villano, á la bonita como á la fea, al ciego como á su perro. Espectáculo de fraternal igualdad que me hace reír á veces; me gusta—¿es esto instinto del mal?—me gusta ver chapotear por el lodo á los tontos, á los dependientes de tienda. A más, las bonitas cosas que un día de lluvia os hace ver: la pierna fina y redonda, que teme al sol, se muestra atrevidamente; mientras más fuerte es el aguacero, más se levantan las faldas, gusta más—es, á lo menos, extraño,—ver un bajo blanco, muy limpio y muy bien planchado, que una falda vieja de color; en verdad que es un gusto que no

crítico. ¡Oh, jovencitas! elevad, elevad esos velos incómodos; si el juego os place, á mí me place más. No importa; el cielo gris me entristece y me indispone. Estoy enojado y ceñudo como él, salgo menos, me aburro, bostezo. Que Dios me envíe con un rayo de sol un rayo de alegría y de esperanza.

He recibido tu carta esta mañana. Permíteme que te diga mi opinión sobre los asuntos que habéis discutido tú y Baille. Digo como tú que el artista no debe manosear su obra. Me explico: que el poeta, releyendo su obra entera suprime un verso, que cambie la forma sin cambiar la idea, no me parece mal, hasta lo creo una necesidad. Pero que después que una obra ha sido terminada, después de transcurrir semanas, meses, años, trastorne su obra, cortando aquí y reconstruyendo acá, es, según mi opinión, una simpleza y un tiempo perdido. Además destruye un monumento que lleva en cierto modo el sello de su época, y no hace nunca de aquella obra mediocre, pero original, más que una estirada y fría. ¿Por qué no emplea estas largas horas de estéril corrección en componer un poema nuevo donde la experiencia adquirida puede hacer prodigios? Por mi parte, he preferido siempre escribir veinte versos á corregir dos; es un trabajo de los más ingratos y que sospecho ha de ser muy contrario al desenvolvimiento de la inteligencia. Por otra parte, ¿dónde iríamos á parar si necesitásemos corregir los defectos que el tiempo nos va mostrando en nuestras obras? Cada edición se diferenciaría de la precedente; resultaría una babel inextricable, y el pensamiento pasaría por tantas formas que acabaría por convertirse de blanco en negro. Así, pues, soy completamente de tu opinión: trabajad con conciencia, haciéndolo lo mejor que podáis, limad un poco para juntar mejor las partes y presentar un todo conveniente; luego abandonad vuestra obra á su buena ó mala fortuna teniendo cuidado de poner abajo la fecha de su composición. Será siempre más cuerdo de

jar malo lo que sea malo y procurar hacerlo mejor al tratar otro asunto. Como tú, hablo aquí para el artista en general: poeta, pintor, escultor, músico.

Respecto á la presentación de un poeta soy de la opinión de Baille. Será demasiado ingenuo decir que vale más publicar primero una obra maestra que un libro mediocre; esto es evidente. Por otra parte, si Baille pensaba como yo, aventurando esta opinión, que se tranquilice. Sé perfectamente que voy chapoteando, que no estoy maduro, que busco un camino. Además soy ignorante en todo, en gramática como en historia. Lo que hice hasta aquí, no es más que un ensayo, un prelude. Cuento con permanecer todavía largo tiempo sin publicar nada, preparándome en serios estudios para darle después vuelo á las alas que creo sentir detrás de mí. Cierzo que en realidad no son más que bellos sueños, y á nadie los confío más que á vosotros, para que, si caigo, la caída sea menos ridícula y retumbante. No importa; soñemos siempre; esto no hace mal á nadie y sirve de consolación. Amo la poesía por la poesía y no por el laurel; hay quien no comprende mis sueños; la pluma y el papel son mis confidentes; amo á mis versos como amigos que piensan como yo; los amo por ellos, por lo que dicen. No es que desdeñe la gloria; la inmortalidad es una sublime ambición. Pero pienso con Baille que hace falta dejar madurar el fruto antes de cogerlo; dejarlo dorar por el sol y que lo satinen las gotas de rocío. Esperemos; el que viva, verá. Y digo esto tanto por ti como por mí.

Baille—agregas—mira el arte como un sacerdocio; es pensar como un poeta. Sí, el arte es un culto, el culto del bien, de la belleza, de Dios mismo. Bajo los versos está el alma como la cara bajo la máscara. Alejandrino, hemistiquio, rima; he aquí la materia; he aquí la herramienta de que toda mano puede servirse; pero por encima de esos medios groseros está la Idea fecundada por el corazón; la Idea, ese don celeste,

esa señal del dedo de Dios. Así, como agregas, no se admite á todo el mundo á la adoración del Idolo; yo hubiera dicho probablemente de Dios, porque poesía y divinidad son sinónimos á mis ojos. Después de haber puesto tan alto al poeta, no osaría decir que lo soy; pero, con toda sinceridad, puedo aventurar que trató de serlo y que comprendo la sublimidad hacia que tiendo, lo que no comprende la vulgaridad que no ve en el poeta más que una máquina de cesuras y de rimas. Respecto al provecho que se puede sacar de una obra, estoy en desacuerdo con Baille. No quiero que se haga una obra con la vista puesta en la venta; pero, una vez hecha, quiero que se venda; puesto que el poeta no está sostenido por la sociedad, como el cura por ejemplo, puesto que Hégésippe Moreau y, antes que él, Gilbert murieron en el hospital, casi de hambre, quiero que el poeta se asegure el pan por el trabajo; lo cual no tiene nada de deshonoroso. Por otra parte, el editor vende la obra al librero, el librero al público; ¿y ha de morir el pobre poeta de hambre cuando da de comer á tanta gente? Ni sería cuerdo ni lógico. Ahora, que el novelista se unza á su pluma como un buey á su carreta, que no escriba más que á tanto la línea, como Ponson du Terrail por ejemplo; este hombre es un comerciante y no un literato; es el carpintero de la esquina que gana más mientras más trabaja. Haced, pues, vuestro poema, vuestra novela, como artistas concienzudos; emplead en él dos años si hace falta; no penséis en el dinero, que no venga á ser embarazoso para el arte; pero ¡qué diablo! cuando hayáis trabajado mucho, vended vuestra obra, no tengáis una generosidad loca, por la cual no alcanzaréis ninguna gratitud. La idea de Baille está probablemente en lo siguiente: el que empieza, aquel que no tiene nombre, no debe buscar ganar dinero con sus obras, pobre mercancía, por otro lado; no debe prostituir el arte; que gane primero su alimentación con la ayuda de un oficio manual; después que coloque dignamen-

te sus jóvenes poemas, esperando ser célebre y gozar de la posición que los lectores deben á todo gran poeta. Soy entonces completamente de su opinión, mucho más de lo que él piensa: el porvenir te enseñará lo que quiero decir aquí.

Respecto á la gran cuestión que sabes, no puedo más que repetirme y darte los mismos consejos ya dados. En tanto que dos abogados no pleiteen, la causa estará siempre en el mismo punto; la discusión hace la luz en todas las cosas. Si continúas silencioso, ¿cómo quieres avanzar y concluir? es materialmente imposible. Y observa que no es el que más grita el que tiene la razón; habla todo lo sabiamente y lo cuerda-mente que te sea posible; pero ¡¡¡por los cuernos, los pies, el rabo, el ombligo del diablo, habla, pero habla pronto!!!

No debiendo estar libre Baille más que hasta el 25 de septiembre, no iré á Aix hasta el 15 del mismo mes, es decir dentro de seis semanas próximamente. Así sólo tendremos una semana para estar juntos; tengo muchos deseos de marchar y de escalar las rocas; por otra parte hablaremos y fumaremos á más y mejor. He escrito á Houchard.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecho la mano. Tu amigo

EMILIO ZOLA

XL

París 24 Octubre 1860.

Mis queridos amigos:

Algunas lágrimas sobre mi viaje y no hablemos más. Todo es desesperante, todo va de mal en peor. He recorrido por dos veces doscientas veinte leguas para estrecharos la mano; ahora es justo que vengáis vosotros á mí, ya que, á pesar de mi buena voluntad y de mis esfuerzos, no puedo ir hacia vosotros. Lo he

puesto todo en juego, no tengo ningún reproche que hacerme; y fatigado de esta lucha inútil, espero con impaciencia veros llegar, fieles á vuestra palabra, al uno en el mes de marzo y al otro en el de octubre de 1861. Es esta una nueva página negra en mi vida. En mis largos días de aburrimiento, el invierno último, pensaba, como única consolación en este tiempo que transcurre tan monótono y que yo soñaba tan radiante. Entonces me decía que reiría tanto más cuanto más largamente hubiese bostezado. Los meses han transcurrido y he bostezado siempre y sigo bostezando. Quanto más avanzo más se engrandece en mí la duda. Si se me hubiese dicho hace seis semanas: «No irás á Provenza» habría sonreído incrédulamente. Pero ahora, que acaba de desvanecerse una de mis más caras esperanzas, me dijese: «Tus amigos no vendrán» no sé si me mostraría tan incrédulo. Equivocado, siempre equivocado hasta frente á las mismas realidades, he acabado por no creer más que lo que veo. *Un tienes vale mucho más que un tendrás*; pienso como el fabulista. Haced renacer en mí la esperanza, cumpliendo vuestra promesa; nadie lo deseará tan ardientemente como yo. Os espero, con seguridad; os espero, no para reir sin cesar, sino para que compartamos nuestras risas y nuestros llores, y para marchar más seguramente al calor de una franca amistad.

Estoy en uno de esos períodos bestias de la vida; uno de esos períodos en que no se siente uno capaz ni para plantar coles. Desde hace algunos días, enciéndolo por la mañana un gran fuego en mi chimenea, y, hasta la tarde, me caliento las pantorrillas, no pensando en nada, fumando mi pipa, con el humor más detestable del mundo. Ni una idea nueva, ni siquiera fuerza para expresar una de tiempo antiguo; me golpearía de buena gana si valiese la pena. Lo que me impide inquietarme es el conocimiento perfecto que tengo de mi individuo; no es la primera vez que experimento semejante ataque de *spleen*; y como siempre

salí de ellos fresco y riente, espero con paciencia á que el demonio que me atormenta me deje y lleve su malicia á otra parte. Todo esto no es más que una transición para llegar á hacerlos tragar políticamente una de mis elucubraciones del mes anterior. Ved aquí mi razonamiento: como no puedo hablaros ¡ay! de viva voz, como además todo lo que os escribiera durante estos días sería enojoso, no sé hacer cosa mejor que transcribiros unos versos rimados en una época mejor.

No vayáis á relameros los labios pensando leer una obra maestra. Mis alejandrinos no resultan mejores que la presente prosa. (1) Pesad lo bueno, pesad lo malo, después deciros que soy vuestro amigo, y probablemente la jeremiada adjunta os parecerá soportable. En una antorcha, entre las oleadas de humo, á veces brillan radiantes chispas y decís que, probablemente, llegará un día en que levantándose un buen viento, arrastre el humo y permita que la antorcha brille con toda claridad. Como la obra presente no está corregida aún, recibiré con alegría vuestras críticas; os ruego que puesto que estáis ociosos me señaléis todos los defectos—estos son numerosos,—que observéis.

En estas últimas semanas he trabado conocimiento con un hombre de letras, vecino mío. El señor Pagés (de Tarn), tiene la singular manía de juntar á su nombre el de su provincia. El señor Pagés (de Tarn) es uno de esos mil incomprendidos que azotan las aceras de París. Ya de cierta edad, se ha codeado en su juventud con nuestros líricos, jóvenes audaces entonces á quienes la gloria ha coronado después. Así hace falta verle, á él, que no ha podido llegar, envidiar y desdeñar las coronas de estos advenedizos, declarándolos, del mismo modo que la zorra de la fábula, poco maduras y sólo buenas para granujillas. Víctor Hugo,

(1) Los versos á que se refiere no se encuentran en el original.

de Musset, ruines autores á sus ojos, sabiendo todo lo más producir efecto con un verso, por esto ó por lo otro. El explica el triunfo de estos poetas, por el reclamo y sobre todo por el compadrazgo. Después, por una hábil transición, agrega que para él todo fué obstáculo, y parece deducir que, á pesar de su talento, ¿qué digo? de su genio, no ha podido salir del montón. El razonamiento es bastante grosero y el menos perspicaz se da cuenta de que su desdén hacia nuestros contemporáneos proviene de su amor propio lastimado. No ha podido vivir, sin embargo, en contacto con los escritores de 1830 sin tomarles cada una de sus ideas. Hay que guardarse de decirselo, porque se enfadaría hasta ponerse rojo y se creería grandemente ofendido. Sin embargo la tragedia del siglo XVII le parece un absurdo como á los románticos. Por muchos puntos raya todavía con estos últimos; se lo he dicho pero niega este parentesco. Desde luego, habiendo rechazado sus primeras opiniones, la tragedia imitada de los antiguos, y rechazando hoy el drama romántico, se esfuerza en proclamarse jefe de escuela y en seguir un sendero no frecuentado. Su ambición es noble, y todo hombre verdaderamente artista debe aspirar al fin que se propone. Regenerar el teatro, no hacer ni tragedia ni drama, géneros igualmente falsos los dos, crear una obra maestra de razón y de pasión verdaderamente humanas, sacando su grandeza de la verdad, es, lo repito, una noble ambición, pero también una idea pesada y terrible. ¿Qué hace el señor Pagés (de Tarn)? Para dar un chasco á los románticos, ha comenzado por llamar á su obra tragedia; después ha puesto en boca de sus personajes el alejandrino clásico, monótono y fatigante cuando no es sublime. Por otra parte, no pudiendo renegar de sus primeros dioses y queriendo lanzarse á la innovación, ha vestido á sus héroes con trajes negros y ha hecho llevar á sus heroínas faldas almidonadas. «Vea usted, me decía últimamente, no quiero imitar

á nadie. Tomo mis personajes en el siglo presente; los quiero instruidos, muy elevados, capaces de pronunciar los discursos que pongo en boca de ellos. Cuanto á estos discursos quiero que los versos sean armoniosos, correctos y majestuosos.» El bravo hombre no se da cuenta de que la escuela que cree predicar el primero es idéntica á la de Casimiro Delavigne. Fundir lo clásico con lo romántico; construir una tragedia-drama que tenga las cualidades y los defectos de los dos géneros ¿no es este el efecto y el fin que esperó conseguir el autor de *Vísperas sicilianas*? Sólo que lo que hizo este último no lo hará nunca el señor Pagés (de Tarn); el uno era un verdadero poeta, hasta jefe de escuela, y todo cuanto escribió lleva el sello de su personalidad. El otro, así lo temo, no será nunca más que un pálido imitador, un miserable espigador que recoge en cada campo unas espigas y forma una gavilla mal hecha y mal ligada.

Advierto que no le juzgo aquí más que por un par de conversaciones que he tenido con él. Hasta ahora no me ha confiado más que dos odas que son de una flojedad deplorable. Próximamente debe leerme su gran tragedia, algo así como el programa de su escuela. Esta tragedia tiene por título: *La Nueva Fedra*; dudo que tenga la gran imaginación que se necesita para trazar un plan; debe estar más ó menos copiado de Racine. Esta obra, si bien todavía manuscrita, ha sido difundida, los periodistas de la prensa en pequeño se han burlado de ella; el *Figaro*, sobre todo, se ha divertido mucho á costa del señor Pagés (de Tarn) y del orgulloso y singular título que ha elegido para su obra. Yo me abstengo todavía y espero para juzgar á mi vecino á conocer su tragedia. Estoy muy lejos de desdeñar á este bravo hombre. En medio de los errores que aventura, á veces brilla un pensamiento verdadero y lleno de razón. Ya lo he dicho, no se busque la causa de sus singulares teorías, de sus desdenes absurdos, no se busque sino en este odio oculto que

lleva todo hombre que permanece obscuro contra lo que está elevado. El señor Pagés (de Tarn), no queriendo imitar á nadie é incapaz de volar con sus propias alas, debe permanecer necesaria y prosaicamente sobre la tierra común. Este es un juicio que no tendré que modificar probablemente ni después de haber leído *La Nueva Fedra*.

Os preguntaréis probablemente, si no le he mostrado alguna cosa mía. Si me callase sobre este asunto, podríais pensar con fundamento que os oculto un juicio desatento de mi estimable vecino. Entonces conocéis poco los hombres. Yo no soy para el señor Pagés (de Tarn) más que un debutante, un joven loco, de quien casi no hay que temer, y por consiguiente se puede alabar sin reserva. Así, después de la lectura de algunos de mis versos, me ha elogiado en grande, aconsejándome publicar lo más pronto posible y prediciendo un éxito agradable. Tomo sus elogios por lo que valen y no soy bastante imprudente para correr á casa de un librero, fiado en la admiración del señor Pagés (de Tarn). No se debe coger un fruto hasta que se encuentre maduro, ¿no es esta vuestra opinión? ¿No es vuestro consejo el único que me atreveré á seguir? Si lo deseáis ya os hablaré en otra carta de *La Nueva Fedra*.

Observo que en esta carta, bastante larga, no os hablo más que de versos, de autores y de otras cosas literarias. Cada cual tiene su caballito de cartón; á veces monto en el mío. ¿Pero á quién no le ocurre esto? Que Baille me hable de matemáticas, Cézanne de pintura; vuestras cartas no tendrán por esto menos interés para mí, puesto que vienen de vosotros.

He recibido esta mañana una carta de Pablo. ¿Qué hace Baille? ¿qué ocupaciones graves le han impedido dirigirme unas cuantas líneas desde hace quince días? ¿Dónde están, pues, sus bellas promesas de que me escribiría todas las semanas cuando luciesen los días de libertad? ¿Se basa tan largo silencio en otros tra-

bajos más útiles? ¿Va á comenzarlos en estos tiempos de ociosidad? Baille, debiera castigarte, dirigiendo esta carta á la calle de Manthéron. Cézanne me escribe, y tú ni una palabra, ni una pobre palabra. Admito todavía que esta carta me haya sido enviada sin que tú lo sepas; pero ¿por qué no haces lo que Cézanne? ¿No has pensado en mí desde hace dos semanas, en mí que me aburro y que espero vuestras cartas con tanta impaciencia? Basta de moral; sed cuerdos para el porvenir y no hablemos más. Contéstame lo antes posible.

Cézanne me ha escrito y es á quien debo contestar. La descripción de tu modelo, me ha divertido. Chailan dice que aquí las modelos son *potables*, sin ser, no obstante, de una gran frescura. Se las dibuja durante el día y por la noche se las acaricia (la palabra acariciar es demasiado suave). Tanto por la pose diurna y tanto por la nocturna; se asegura, por otra parte, que son bastante complacientes, sobre todo para las horas de la noche. Respecto á la hoja de parra, se desconoce en los talleres; allí se desnudan en familia y el amor al arte vela lo que habría de demasiado excitante en las desnudeces. Ven y lo verás.

Venid, venid los dos, amigos míos; os contaré mis largos sueños; y probablemente convendréis, hasta el realista Baille, en que, después de todo, la vida es como quiere uno tomarla, y en que mi modo de ver no es el más malo.

Esta carta es sin duda la última que os dirijo colectivamente. Volveré en seguida á mis correspondencias íntimas. Sobre todo, que Baille no olvide que me debe una pronta respuesta. Le ruego de nuevo que me hable de la fontana de la rotonda, y de las inscripciones que están ó deben ser grabadas.

Desde su entrada en el colegio, dicho Baille deberá darme la dirección de un corresponsal para que pueda escribirle. Esta carta es mala y está bastante mal es-

crita. Leedla á pedacitos, si no, temo que una fuerte dosis os duerma.

Mis respetos á vuestros padres; os estrecha la mano, vuestro amigo,

EMILIO ZOLA

XLI

París, 5 Febrero 1861.

Mi querido amigo:

No sé en verdad que destino me persigue en la elección de vivienda. Siendo niño, viví en Aix la casa de Thiers. A mi llegada á París, mi primer vivienda fué la de Raspail; después, hoy, no sé por qué fatalidad, me mudo de este espléndido séptimo, del que te hablaba en la primavera última, y voy á elegir precisamente una nueva boardilla, aquella en la que Bernardino de Saint-Pierre escribió la mayor parte de sus obras. Es una verdadera alhaja esta nueva habitacioncita; pequeña, eso sí; pero alegrada por el sol y, sobre todo, originalísima. Se sube con la ayuda de una escalera de caracol; tiene dos ventanas: una al mediodía, la otra al norte. En una palabra, un mirador que tiene por horizonte casi toda la gran ciudad. Iba á olvidar que mi nueva calle se llama Nueva de San Esteban del Monte y que el número es el 24. Dirígeme, sin embargo, tus cartas á casa de mi madre, en la misma calle, número 21. Desde San Victor á San Esteban; no hemos hecho más que cambiar de santo. Da esta dirección á Houchard, porque, si bien el buen muchacho no se ha dignado escribirme todavía, puede pasarle milagrosamente la idea por la imaginación. Haz lo mismo con respecto á Marguery.

Sólo te escribo para darte cuenta de esta novedad, y no sé realmente qué añadir. Sin embargo, nada importa simpleza más ó menos: esto es indiferente. Entre habladuría y habladuría, no hay dónde elegir.

Lo más fácil para mí sería contestar á tu carta. ¡Ay! no, ya no corro por el campo; no voy á perderme por las rocas del Tholonet, y sobre todo ya no gano, con la botella en el morral los campos de X..., esta memorable quinta de vinosa memoria; á otros tiempos, otras costumbres, como dice la sabiduría de las naciones. Me he convertido de tal modo en sedentario que la menor marcha me fatiga, á mí, á este *viavore* que corría tan alegremente hasta Peyrolles, no sin refrescos aquí y tragos allá. Mis grandes placeres son ahora la pipa y el ensueño, los pies en la chimenea y los ojos fijos en la llama. Paso así los días casi sin aburrirme, no escribiendo nunca, leyendo á veces algunas páginas de Montaigne. Hablando francamente, quiero cambiar de vida y sacudirme un poco para limpiarme de este polvo de pereza que me enmohece. Hace largo tiempo que medito que ya es hora de producir. Todo un volumen, episodio por episodio, capítulo por capítulo, está clasificado en mi cabeza; he tomado la firme resolución de poner manos á la obra y de terminar este trabajo hacia el próximo estío. Otro de los tristes resultados de la vida es que me he vuelto horriblemente regalón. «Tú lo eras ya», me dirás; convengo en ello, pero no lo era de un modo que pudiera dañarme. Bebida, comida, todo me da envidia; me produce el mismo placer devorar una buena ración que poseer á una mujer. Me parece que me manifiesto al desnudo, y que mi franqueza me perjudicaría sin duda, si escribiese con grave filosofía, predicando abiertamente y pecando en secreto. Pero, á ti, mi buen viejo, tan franco y tan sencillo, puedo hablarte sin hipocresía, seguro de que no me ensordecerás con tu moral.

Así, pues, nos dices que vas á pintar en pleno invierno, sentado sobre la tierra helada, sin cuidarte del frío. Esta novedad me ha encantado; y digo encantado no porque tenga un placer en verte arriesgado á coger un reuma y más ó menos sabañones; sino porque deduzco de una tal constancia tu amor al arte y el



encarnizamiento que pones en el trabajo. ¡Ah, querido amigo, qué lejos estoy de imitarte! Por de pronto, estando mi estufa apagada y temiendo al frío en los pies, te escribo en la cama, bien poco cómodo, puedes creerlo, porque con una mano tengo la bujía y con la otra hago garrapatear la pluma. Por otra parte, por la mañana, cuando podría escribir esto ó aquello, permanezco en la cama soñando despierto, y todo por pereza de encender mi fuego. Es mi canción eterna: trabajaría bien si estuviese encendida mi estufa, pero nada me resulta más enojoso que tal preparativo. Y la conclusión es siempre la de irme á calentar á casa de mi madre, jurándome ser más cuerdo en primavera. Con tal que no encuentre otra razón de ociosidad durante los calores; un perezoso tiene siempre algunas bellas razones para excusar su pereza, y nada es más fácil que probarse á sí mismo que tiene completamente razón.

Me preguntarás probablemente que á qué vienen estas cantinelas desprovistas por completo de interés para ti. Es que salgo de una ruda escuela, de la del amor real, de tal suerte que no sería apto para abordar un asunto cualquiera, tan abatido se encuentra mi espíritu. Tengo muchas cosas que contarte para cuando vengas; pero por cartas no se puede referir todo; el acontecimiento en sí mismo no es nada; los detalles son los importantes. Hasta dudo de poder comunicarte en un relato de viva voz todas las sensaciones dolorosas y rientes que he sentido. El resultado es, que ahora tengo experiencia y que conociendo el sendero, podré guiar seguramente á mis amigos. Otro de los resultados es que poseo nuevos puntos de vista sobre el amor y que estos me servirán en grande para la obra que pienso escribir.

Todo esto, te lo repito, es perder tinta y papel. Distintamente no veo más que una cosa: que debes tardar poco en venir y que disminuirán mis aburrimientos. Después, en un horizonte más lejano, que voy á tener

colocación, á ganar el pan por el día y á trabajar por las noches en mis bellos sueños. Y en fin, en confusión, en la niebla, apenas visibles, mi perro que me ama un poco, mi querida que no me ama sobre todas las cosas, y la muchedumbre, esta egoísta é indiferente muchedumbre que me habla, me rodea, se codea conmigo sin turbar la tranquilidad de mi desierto.

Te espero. Tu amigo

EMILIO ZOLA

Dí al señor Peicard que me ocupo activamente de su comedia y que espero la solución para escribirle Marguery también me había dado una comisión. Asegúrale que la haré en seguida.

XLII

París, 20 Enero 1862.

Mi querido Pablo:

Hace mucho tiempo que no te escribo y te aseguro que no sé bien por qué. París no ha valido nada á nuestra amistad; ¿es posible que ésta tenga necesidad para vivir gallardamente del sol de Provenza? Sin duda, algún desventurado *quid pro quo*, alguna circunstancia mal juzgada, alguna mala palabra acogida con poca benevolencia, ha enfriado nuestras relaciones. Ignoro la causa y quiero ignorarla siempre; removiendo el fango se ensucian las manos. Nada me importa; te creo constantemente mi amigo; entiendo que me juzgas incapaz de una acción baja, y que, por consiguiente, me estimas como en el pasado. Si es de otra manera, me harás gran favor explicándote y diciéndome francamente lo que me reprochas. Pero no es una carta de explicación la que deseo escribir. Quiero sólo contestar amigablemente á tu carta, y hablar un poco contigo, como si no hubiese tenido lugar tu viaje á París.